

derlo todo. Las cabezas duras , y obstinadas , que jamas saben doblarse , ni rendirse , no son buenas para gobernar bien navios grandes. Los bancos , y los escollos están por lo comun preparados para estos.

CAPITULO XXXII.

Del ánimo grande , ó pequeño de los hombres , y qual sea la verdadera virtud de la magnanimidad.

§. I.

COMunmente se cree que la magnanimidad es una virtud , que nace , y depende de la fortaleza. Pero acaso con mas razon podria defenderse que la magnanimidad es el género , y la fortaleza una de sus especies; quiero decir , que la fortaleza es hija , y no madre de la magnanimidad; porque el que tiene el ánimo grande , no solamente es fuerte , mas tambien es generoso , superior á todo interes , á los resentimientos , á la venganza , y puede producir sin duda muchos mas actos de virtud , que el que solamente es fuerte , y no mas. Pero ya he dicho repetidas veces , que no quiero meterme en estas quëstiones , que solo sirven de dar pábulo , y divertimento á los ingenios metafisicos , y de nada aprovechan para las operaciones , que es el fin de la Filosofía Moral. Por tanto , pasemos adelante , acordando de nuevo , que es una señal cierta de un ánimo grande el despreciar la hacienda por el amor de Dios , eligiendo el camino de la pobreza , para viajar menos cargado , y mas ligero por el del espíritu. Conviene despues manifestar con mas claridad qué cosa es esta grandeza de ánimo , como que entre las virtudes morales se reputa por una cosa de mucha importancia , y que no solamente mira al valor , ó á la hacienda , pero aun abraza , y se extien-

tiende á otros objetos , dignos de la vida de los sabios. Digo , pues , que asi como las cabezas de los hombres no se vacian por un mismo molde , ni son uniformes interior , ni exteriormente , aunque consten todas substancialmente de las mismas partes , asi los ánimos tampoco son uniformes. Podemos observar particularmente que hay ánimos chicos , y ánimos grandes , y esta diversidad parece que se debe atribuir únicamente á la misma naturaleza , pues ella es la que nos hace advertir , y ver claramente la gran diferencia que hay entre los hombres , y las mugeres; y entre los hombres mismos , el que tiene grande ánimo , suele por lo comun tener mas espíritus , que el que tiene ánimo vil , y apocado. Aristóteles nos delinco al hombre magnánimo , diciendo serlo aquel , que conociendo su propio mérito , aspira á honores muy altos. Guarde para sí Aristóteles su hombre magnánimo , sea el que se fuere. La ambicion , que es una de las enfermedades morales del hombre , que consiste en el desordenado apetito de honras , y dignidades , se parece mucho á la magnanimidad de Aristóteles : por lo qual es mas seguro el atenerse á la magnanimidad christiana , la qual permitiendo al hombre que no omita diligencia alguna para merecer los honores , al mismo tiempo no se acongoja , no suspirá , no se afana ni mucho , ni poco para conseguirlos; y si los consigue , no por esto se enavance , ántes bien , como veremos despues , ni aun conseguirlos quiere en algunas ocasiones. No constituye la verdadera magnanimidad el aspirar á grandes honores , sino el intentar , y hacer honestas , y gloriosas acciones , y el aspirar á empresas ilustres. Por tanto digo , que puede llamarse hombre grande , y magnánimo aquel que por un fin mas noble , ó no busca , ó rehusa el tener las cosas mas estimadas , y deseadas del comun de los hombres , ó si las tiene , no las aprecia de tal modo , que presentándosele otro fin mas noble , y honesto , no esté resuelto , y pronto á privarse de ella , y renunciarlas al punto. La vida sin duda alguna

es cosa preciosísima, supuesto que la naturaleza misma nos impele á quererla, y conservarla, y la que nos infunde el gran temor, y aborrecimiento de perderla: la naturaleza misma nos intima una grande, y estrecha obligacion de conservarla, y no abandonarla, como, y quando cada uno quiera: ademas debemos defenderla contra el que injustamente intente quitárnosla, siendo este un natural derecho que compete á todos. No obstante todo esto, si llegase el caso de defender la patria, esto es, el bien comun, que prepondera al particular; si el hombre por un motivo tan noble como este expusiese á peligro su propia vida, y llegase el caso de perderla, ved aquí un ánimo grande: este es sin duda un acto de magnanimidad heroyca. Lo mismo hemos de decir de aquel que elige ántes el morir que el quebrantar la Ley de Dios, ó hacer algo que sea abiertamente contrario á la razon. No ha habido en el mundo magnánimos mas ilustres que los Santos Mártires, gloriosos aun el día de hoy sobre la tierra; pero mas gloriosos en la eterna gloria.

§. II.

LO segundo, nadie ignora (porque todos lo ven) en quantá estimacion son tenidas entre los mortales las dignidades, las riquezas, los honores. Basta solamente el mirar las contiendas, los esfuerzos, y afanes de muchos, ó casi todos para conseguirlos, y conservarlos. No hablo ahora del honor en quanto significa la buena reputacion, y buen nombre, porque este es bien de diversa especie. Quando un hombre digno por otra parte de estos, y semejantes honores, no los desee, ántes bien huya de ellos, y no los acepte quando le son ofrecidos: si todo esto no nace precisamente de un ánimo vil, y apocado, y este desprecio tiene por origen, y principio otros fines mas altos, sin duda que se manifiesta en esto la grandeza de su ánimo. No pueden llenar un corazon tan grande ni Mitras, ni Capelos, ni Coronas, ni otros mu-

muchos útiles, y lucidos empleos, los cuales vemos que por lo comun son el objeto de las ausias, deseos, y afanes en que se emplean, y tanto trabajan los hombres. Aquel busca solamente á Dios, que es quien puede llenar los senos de su corazon, y saciar los deseos de su voluntad, estimando en poco todo aquello que siendo menos que su Dios, y Señor, puede ponerle algun día en peligro de hacerle perder el bien sumo que ama. Tenemos tantos exemplos de estos generosos menosprecios, que no es necesario el hacer mencion ni aun de uno tan solo; pero siempre que ocurran, quanto son raros, otro tanto son mas admirables, y estupendos. Por esto Publio Mimo nos dexó escrita aquella grave sentencia: *Nil bil magnum est in rebus humanis, nisi animus magna despiciens. Nada se encuentra grande en las cosas humanas, sino el ánimo que desprecia las grandes cosas.* Ni por esto quiero decir que dexen de ser grandes ánimos tambien aquellos que por medios lícitos, y honestos, y por el camino derecho del mérito competente, se avanzan, y corren sosegadamente tras los honores, y dignidades; pero siempre será verdad que es mayor aquel ánimo que se muestra superior á todo honor, á toda dignidad; y ciertamente debemos confesar que la resolucion de estos está mas limpia de toda corrupcion del interes, de la ambicion, y de la vanidad.

§. III.

PUede en tercer lugar manifestarse, y darse á conocer la grandeza del ánimo en perdonar á otros, y con especialidad quando el que perdona se halla en estado de poder vengarse, sin que nadie se lo estorbe, ó quando la justicia está dispuesta, y pronta á hacérsela el ofendido, quando no quiere perdonar al que le ha injuriado. El que es clemente, es tambien magnánimo; pues la clemencia no es otra cosa, que una generosa dádiva, y relaxacion de la pena que otro merecia, hecha por

quien pudiera obligar á que se pagase aquella pena. Luego que padecemos, ó nos han hecho alguna ofensa, ó en nuestro cuerpo, ó en nuestra reputación, ó de qualquier otro modo, que nos causa dolor, ó algun daño, no es facil el explicar cómo nuestro amor propio se resiente, y enfurece, siendo lo menos que hace entonces el desear un digno castigo para el que nos ha ofendido, é injuriado. Aún pasa mas adelante, deseando que no se cuente entre los vivos el que tuvo tanto atrevimiento, y mas quando se presume que podrá hacer lo mismo en adelante. Creese entonces, que no solo es el interes particular, sino el público, el que este perturbador de la paz, y de la justicia, pague con su vida propia la pena merecida; y aun hay quienes dexándose transportar de su ira, intenten por sí mismos, y aun procuren dar á su ofensor aquella pena, que solo toca el decretarla, y darla, á la autoridad pública. Todos estos excesos son efectos de aquella molesta, y aborrecible imagen, que se fixa en la fantasia del ofendido, y jamas se presenta delante de su alma, que no despierte la memoria de aquel daño, ó injuria que se ha recibido de aquel sugeto, y acaso se teme el recibir otro de nuevo; pero este espíritu de venganza mas presto se aloja en corazones rabiosos, tímidos, y pusilánimes, quales son por lo comun los de las mugeres, que no en los generosos de los hombres: por esto se dixo sabiamente, *que la venganza es femenina*. Al contrario: grande, y generoso es el ánimo de aquel, que no por tema, ó cobardía, sino por solo el decoroso motivo de virtud, y por imitar al Señor, que es infinitamente bueno, y clemente, perdona; esto es, cede todo resentimiento, todo su crédito, y pretension á su enemigo, añadiendo mayor lustre á esta grande obra, quando no se acuerde mas de las ofensas recibidas, siendo tanto mayor, ó descubriéndose tanto mas glorioso este acto de heroyca virtud, quanto la persona que lo practica es de superior gerarquía á la que le hizo la ofensa; porque entonces se manifiesta mas

claramente que no lo hace por vileza, ni temor, sino por puro amor á la virtud. Clemencia, y generosidad son los nombres que damos á estas virtudes, que son hijas de la magnanimidad, de la qual hablamos ahora. Dicese como por proverbio: *que el hombre sabio perdona á todos sino es á sí propio*. Lo que debe entenderse sin perjuicio del bien público, y sin que se extienda á las obligaciones, y derechos de la justicia. Extiéndese tambien la generosidad á otras acciones semejantes á las ya expresadas, como son el ceder á otro el justo derecho que tiene el que la exercita á una dignidad decorosa, ó algun otro puesto útil, y ventajoso. De todo esto nos franquean muchos exemplos las Historias, y la experiencia del mundo, y por tanto dexo de reproducirlos.

§. IV.

Finalmente hállase un ánimo grande, y aun se puede llamar heroyco en qualquiera que se manifiesta, y mantiene imperturbable en los golpes sinistros de la fortuna, y sin acobardarse, ni entristecerse sufre, y recibe qualquiera desgracia con ánimo, y valentía. Esta es una prueba nada equívoca, y acaso el juicio mas cierto para conocer la grandeza de ánimo, porque se extiende hasta recibir los anuncios de la muerte, y aun la muerte misma con alegre serenidad, y sin la menor turbacion. Asimismo se dexa ver un ánimo de esta especie en aquel que posee hacienda, y dinero, en tal conformidad, y disposicion, que en presentándose una justa ocasion de privarse de estas cosas, se priva de ellas con facilidad, y alegría. Los bienes de fortuna deben justamente reputarse por los mas ínfimos de la tierra. Por esto se avergonzaria un corazon generoso de colocar su felicidad, y gozo en un objeto tan despreciable, y baxo. El corazon noble, y generoso quiere ser señor, y no esclavo de la hacienda, y del dinero. Por tanto, quando ocurre justo, y conveniente motivo para darlo, ó gastar

tarlo, no siente repugnancia, ni displicencia en uno, y otro; antes por el contrario, siente gran gozo, y alegría en hacer servir su dinero, ó á su razonable necesidad, ó en bien, y provecho de otros, exercitando al mismo tiempo la virtud de la caridad, pues el dinero se hizo para usarlo, no para amontonarlo, y esconderlo. De aquí nace la virtud de la munificencia, y liberalidad, quando se distribuye á personas de mérito, ó á las que padeciendo dura necesidad, esperan el socorro de manos piadosas, para salir de miserias; y de aquí nace tambien la virtud de la magnificencia, la qual en ciertos tiempos, y lugares, en las fábricas, en los muebles, y en otras muchas ocasiones, que miran al decoro, no perdona gasto alguno; pero siempre con proporcion á las propias fuerzas, y condicion de quien gasta. Puede llegar á ser esta virtud gloriosa, y aun meritoria para la otra vida, quando las obras magnificas se destinan al bien público, ó al servicio perene de la patria, ó de otros hombres. Bastará en estos casos guardarse de los excesos; esto es, de la prodigalidad, que es extremo vicioso, y contrario á la prudencia humana, que entre los mortales, y sus operaciones, debe acompañar, y moderar todas las virtudes. Todo esto sea dicho en alabanza del ánimo grande, por medio del qual se eleva el hombre, y se acerca mas, y mas á la imitacion de nuestro buen Dios, que es infinitamente magnánimo en perdonar á quien le ha ofendido, liberal, y magnífico en sus obras, de las quales apenas conocemos la parte mas mínima. Pero antes que pasemos adelante, es forzoso decir, que despues de haber alabado la virtud de la magnificencia, y liberalidad, parece que la de la frugalidad, ó parsimonia no hace muy buena figura á la vista de aquella otra, y como que son de un genio opuesto, respecto de ser, segun parece, la parsimonia efecto de un corazon encogido, y apocado; pero no es así. Los vicios son los que combaten entre sí, y el uno puede, y suele destruir al otro; pero las virtudes conver-

san,

san, y se mantienen unas con otras, pacíficamente; y bien que no todas por un mismo camino, todas concordemente llevan al hombre á un mismo término. Por tanto, no dexa de ser la parsimonia virtud propia del hombre civil, con la qual, y por ella se abstiene de los gastos superfluos, mide, y coteja el gasto, y recibo de sus rentas, y propias ganancias, inclinándose mas presto al ahorro, y á guardar, que al desarreglo, y profusion. Puede tambien agregarse á esto, que el no tener cuenta con la hacienda propia, el malgastarla en el día, sin pensar á mañana, puede nacer, no ya de alguna virtud, sino es de la gula, y de la vanidad, y de algunos otros malos principios. Por tanto, el hombre sabio no gusta de bizarrear, y gastar sin necesidad, en convites opulentos, ni en superfluos luxos, por no verse precisado algun dia á hacer la penitencia, y pagar la pena de sus excesos, con la pobreza, el hambre, y otros trabajos; antes bien, gastando cada dia con moderacion, provee, y prevee los contratiempos que pueden ocurrir; esto es, gasta con tal medida, y proporcion, que siempre pueda gastar. Haciéndolo de esta manera, se guarda de incurrir en el abominable vicio de la avaricia; porque quando lo pide la necesidad, no le duele, y está pronto á gastar liberalmente, y á exercitar esta virtud con los pobres, haciendo tambien que su propia familia tenga un tratamiento conveniente á su estado, y proporcionado á sus fuerzas, segun las quales debe ser el gasto de su casa, dexando á los locos pobres, ó de cortos caudales el andar en competencias con los ricos, ó con otros, que tienen mas que ellos.

§. V.

CON estas noticias será facil á qualquiera el conocer en qué consiste el ánimo mezquino, y apocado, vicio que trae otros muchos consigo. En primer lugar se dexa ver en los cobardes, mugeres vestidas de hombres,

que al mas mínimo peligro temen, y se encogen, y si ven derramada alguna sangre, aunque poca, al punto se desmayan, y caen en tierra. Por qualquier desgracia que pase por ellos, míralos ya abatidos, y desanimados. Si deseais saber qual es la posada de la melancolía, la taciturnidad, y el deseo de la muerte, ved donde habitan estos tales, y llamad á su puerta, que allí hallaréis toda esta triste tropa; ¿pero qué digo, deseo de la muerte? Sola su memoria basta para desterrar del corazon de algunos toda alegría, y contentamiento. Bien puede venir la muerte á quitarles el miedo, y libertarlos para siempre de esta enfermedad; pero ha de venir con disimulo, y á escondidas, como solemos decir: no hay que esperar que tales conejos salgan á buscarla á cara descubierta, aun en las mayores necesidades de su propia patria; y si acaso saliesen alguna vez, todo su valor se baxará á los pies para huir, no á las manos, ni á los brazos para pelear. Quál, pues, sea el ánimo de aquellos, que despues de muy rogados no saben determinarse á perdonar á los que los han ofendido de algun modo, ó bien en sus propios cuerpos, ó en su reputacion, ó en la de sus parientes, y deudos, se comprenderá luego al punto, si se reflexiona, que estos tales estan señoreados, y dominados de dos viles pasiones, la una el rencor, y odio que tienen á lo que ya ha sucedido, y la otra el temor de que no suceda otro tanto, si el ofensor quedase en este mundo, ó si el escarmiento no le enseña á que se porte de otro modo en lo sucesivo. Ocupado el ánimo con estas dos pasiones, no atiende á razones, no escucha súplicas corteses, y dulces, no admite fervorosas exhortaciones: pero todo al contrario los ánimos augustos, y grandes, los quales desprecian, ú olvidan facilmente las injurias, y ofensas, ó las perdonan generosamente, ó porque son superiores á todas las pasiones viles, y no temen nuevos insultos de sus ofensores, ó porque en los defectos que han incurrido los otros, consideran que pueden incur-

rir tambien ellos, si no para con los hombres, á lo menos para con Dios, que es mucho mas. Costaríales mucho trabajo á estos ánimos apocados, y baxos aun el perdonar á un Cirujano, que por un descuido, al hacerlos una sangría, les cortase una arteria con peligro de su vida. El Cardenal Federico Borromeo, el mozo, no solamente perdonó (siendo Secretario de Estado del Papa) á un Cirujano, que le hizo esta buena obra, por la qual perdió la vida; mas le dexó renta para mientras viviese, considerando cuánto daño se causó á sí propio aquel miserable, desacreditándose para siempre con un descuido tan grave.

S. VI.

PERO ninguna cosa manifiesta mas claramente el ánimo grande, ó augusto, y el mezuino de los hombres, que un cierto apego, y afición á la hacienda, y al dinero, cuya posesion actual basta para llenar, y alegrar su corazon: entra tambien aqui el temor para cercarles el ánimo, y no permitirles aun aquellos gastos necesarios, y decorosos á la propia condicion, y estado, aun quando los bienes de fortuna sean muy copiosos; porque este mismo temor, hijo legítimo de aquella passion, les representa vivamente las necesidades, y peligros que pueden sobrevenir en adelante, y les hace creer que es un acto de prudencia el guardar, y desgracia el haber de gastar. No hablo ahora de aquellos avarientos, que como tales estan conocidos, y desacreditados, como verdaderos discípulos del Gran Tacaño: hablo de aquellos, que aunque gastan, pero siempre se dexa ver en los gastos que hacen una cierta ruindad, y mezquindad, que corresponde al poco ánimo que tienen. Sean ricos, y gasten en buen hora; pero siempre hallaréis en sus fábricas (si es que las emprenden) estropeada alguna parte, y esto solamente porque sea menos el coste. Atrévense algunas veces á disponer tal qual convíte; pe-

ro hallaréis en la mesa el estrecho, y apocado genio de quien la prepara. Reparad tambien en la paga de los oficiales, quando los tienen: ¡quánto disgusto, y acaso tormento no les causa sacar el dinero de la bolsa? Mirad tambien quan facilmente, y con la mas leve causa, montan en cólera, no por otra cosa que por serles muy sensible la herida, y el divorcio que debe haber entre ellos, y su querida moneda. Si pudieran, partirian el cero por quedarse con aquel pedacito. Carlos I. Rey de Nápoles, despues que hubo vencido al Rey Manfredo, hizo que traxesen á un salon del Palacio todo el oro, que el mismo Manfredo, ó el Emperador Federico II. su padre habian juntado: puesto todo en un monton, mandó el Rey á Beltran del Balzo, Caballero Provenzano, que hiciese tres partes de aquel oro, una para el Rey, la segunda para la Reyna, y la tercera para los Oficiales, que con tanto valor habian servido en la conquista de aquel Reyno; ¡qué debería esperarse en este lance crítico de un ánimo mezquino, y apocado? Que se pesase con toda diligencia, y exáctitud cada pieza de por sí, y calculando el valor de cada una, con la pluma en la mano, fuese hecha la division exáctamente, sin que ninguno pudiera quejarse: de hecho hubo alguno, que con toda diligencia fué á buscar un peso para executar lo que el Rey habia ordenado; pero no esperó á tanto aquel magnánimo Caballero: al punto, sin inclinarse, comenzó con los pies á dividir en tres partes el monton, diciendo al Rey: *Para qué necesitamos del peso? Ved ahí partido vuestro tesoro.* Todos los circunstantes se maravillaron al ver accion tan heroica.

CAPITULO XXXIII.

Del buen régimen del apetito, de la conservacion del individuo, y de la especie, y de la templanza.

§. I.

Natural inclinacion tenemos los hombres á conservar la vida, y á quererla, y es muy puesto en razon que la queramos, y conservemos, porque este regalo, que nos ha hecho nuestro buen Dios, es entre los temporales el bien primario, y fundamental, del qual depende el usufruto, y goce de todos los otros bienes, que en la tierra pueden tener, y desear los mortales. Faltando la vida, desaparece toda esta visible máquina. Con todo se hallan muchas veces algunos hombres, que despreciando su vida, se exponen á peligro de perderla, sin que para esto haya alguna necesidad, ó suya propia particular, ó del bien comun. Tenemos licencia para llamar á estos hombres bestiales, y locos. Cierto es que todos los hombres llevan consigo desde la cuna un intenso, y continuo deseo de vivir, y aun de vivir muchos años; y aunque en alguno, cansado ya de mundo, salte el deseo de acabar sus dias (lo que particularmente sucede, ó en las grandes angustias del ánimo, ó en los acerbísimos, y prolongados dolores del cuerpo), con todo, no es aquel deseo sincero, y acaso acaso á la vista de la muerte se mudaría de language. La verdad es que en aquellos lances, deseamos con ansia que se acaben aquellos males, que nos atribulan, y acongojan; pero no deseamos de corazon el que se acaben tambien nuestros dias. Pues aun aquella pobre viejecita, que no podia cargarse sobre la cabeza el haccello de leña, que habia juntado en el monte, y angustiada, le vino la tentacion de querer morirse, y de hecho llamó la muerte; ha-

bién-

biéndosele presentado, que no estaba lejos, y preguntádole esta, qué era lo que la quería, pues estaba pronta á servirla, y obedecerla; la buena vieja al ver figura tan extraña, la dixo: Señora, os he llamado precisamente para que me ayudeis á cargar este bax de leña. En efecto, jamas llegamos á conocer bien lo que importa nuestra vida, sino es quando alguna desgracia, ó enfermedad peligrosa nos avisa que estamos próximos á perderla. O! entonces sí que se dexa ver, y se presenta todo el amor que me ayudeis á nuestra propia vida, y el grande horror que nos causa el partirnos, y dexar este mundo. Por esto hacemos al Cielo súplicas frecuentes, y humildes para evitar si es posible tan fiero golpe. De este apetito, y deseo de vivir nace el otro de gozar una perfecta, y dilatada salud; porque mientras esta dure, juzgamos que nada tiene que pretender de nosotros la triste muerte. Pero aquí conviene observar los engaños, y errores en que podemos incurrir, ya con el demasiado amor, ya con el demasiado poco deseo de nuestra vida, y salud. Parece que no puede encontrarse quien estime en poco su vida, ó la desprecie, por ser el tesoro mas precioso que tiene el hombre; con todo vemos cada dia este desorden en práctica; porque hay muchos que estiman muy poco su salud, ó por mejor decir, la maltratan, y desprecian, haciendo disparates, y locuras, para quedar sin ella. No lo hace así el hombre cuerdo, y prudente; antes bien con todo cuidado, y diligencia procura conocer aquel buen orden que enseñan la naturaleza, y la razon, para conservar quanto sea posible nuestra salud: á este fin sigue, y busca la virtud de la templanza, por cuyo medio, y con cuyo auxilio procura conservar sana, y libre de toda enfermedad peligrosa la habitacion terrena de su alma. Varios son los oficios de esta virtud, uno es, el de contener nuestros apetitos en todo lo que mira al gusto del paladar; y quando obra así, la damos el nombre de sobriedad, la qual es parte de la templanza, ó templan-

za parcial: en quanto refrena los apetitos que miran al tacto, la llamamos continencia; y en quanto reprime, y regula todos los demas apetitos, y todas nuestras pasiones en comun, la damos el nombre de mortificación. Hablando de todos estos diferentes oficios de la templanza, vendrémos en conocimiento de lo que es esta virtud en sí misma. Por lo que pertenece á su primer oficio es cierto que son pocas las veces que hacemos reflexion sobre la preciosidad de nuestra salud; y así no es maravilla, si tan facilmente venimos á perderla, y de consiguiente acertamos, y cortamos la tela de nuestra vida. Sobre este punto tienen los jóvenes mas necesidad que los demas de una importante leccion. Hállanse estos por lo comun robustos, espirituosos, libres de aquellas pensiones que se hallan comunmente en la edad declinante. La muerte para ellos está distante muchos millares de leguas, ó por lo menos estan persuadidos á que no se atreve á embestirlos, atendida su fuerte natural robustez, y los alientos de su florida juventud. Pero, como loquillos, no consideran que para lograr una perfecta, y permanente sanidad de cuerpo, conviene comenzar desde luego á cuidar del cuerpo mismo, no oprimiéndolo con repetidos desórdenes, ni enflaqueciéndolo con la destemplanza en la comida, en la bebida, y otros placeres.

§. II.

UNA de las mas atentas consideraciones de un hombre juicioso, debe ser el conocimiento práctico de lo mucho que importa el conservar la salud para ir consiguiendo al deseo de vivir feliz, y mucho tiempo en este mundo. No se ha de esperar á la vejez para aprender esta verdad; porque no aprendiéndola en la primera juventud, puede darse el caso de no llegar á ser viejo, ó solamente se llegue cargado de achaques, que por antiguos tengan ya ningun remedio. Sabiamente observó Juvenal, que ante todas cosas debemos pedir á Dios

un sano juicio en un cuerpo tambien sano; *Mens sana in corpore sano*. Y la Santa Iglesia en muchas de sus bellas, y devotas Oraciones, nos enseña á pedir esto mismo al Señor oracionamente: *Salutem mentis, & corporis: mentis, & corporis sanitatem gaudere*. Si por cierto debemos esperar de nuestro buen Dios, como un don muy precioso, el tener sano nuestro cuerpo, y vigoroso nuestro entendimiento; esto es, con rectitud para juzgar, y elegir, que en esto consiste su sanidad; pero al mismo tiempo nos encarga el mismo Señor que no omitamos diligencia alguna de parte nuestra para apartar, y tener lejos de nosotros quanto nos sea posible la enfermedad, así de la parte terrena, que es el cuerpo, quanto de la espiritual, que es el ánimo. En este concierto, y armonía consiste la felicidad á que aspiramos, mientras vivimos en este mundo. Todos saben, y cada uno lo ve, y experimenta, que quando á esta maravillosa máquina del cuerpo humano se le desconciertan las ruedas, que son sin duda muchas mas, y mas delicadas que las del reloj mas ingenioso, y del mas primoroso artificio, al punto el alma, que está unida al cuerpo siente el dolor; y puede ser tal el desconcierto, que la misma alma se vea como precisada á dexar abandonada aquella casa donde posa, por verla tan maltratada, y que amenaza ruina, y de aquí seguirse aquello que llamamos muerte. Esto supuesto, el principal ingrediente de los que en esta vida entran á componer la humana felicidad, consiste en estar libre de dolor; y por tanto importa mucho el sostener nuestro cuerpo en tal armonía, y orden, que esté exento de los males, los quales, ni nacen, ni duran en él, sin que nuestra alma sienta dolor, y molestia. Quiero decir con esto, que debemos procurar que nuestro cuerpo, en quanto pueda ser, goce de una perfecta salud; y quando falte, ó se disminuya esta, cada uno debe procurar con todo esfuerzo recuperarla. La sanidad es el orden que conviene á nuestro cuerpo, segun la institucion del Señor, que

con

con tanta destreza, y sabiduría lo ha criado: de manera, que pecaría contra Dios el que por su culpa, aun con el pretexto de penitencia, desconcertase este noble compuesto de cuerpo, y alma; y sería reo de un gravísimo delito el que voluntariamente quitase á su propio cuerpo la vida (ó al de algun otro, si no es en el caso de una justa defensa). Si nosotros no tenemos autoridad para dar la muerte á otro hombre, tampoco la tenemos para abreviar los días de nuestra vida, como, y quando quisiéremos; porque no somos nosotros, sino Dios es solo el dueño absoluto de nuestros cuerpos, y de nuestra vida, y á este Señor toca el quitárnosla quando, y como quiera, pues él mismo nos la dió, sin que precediese mérito, ni súplica nuestra, quando lo determinó su voluntad santísima. Y si á nosotros, que no somos Príncipes, no nos es lícito el hacer daño á otro hombre, porque no tenemos para esto autoridad, ni jurisdiccion suficiente, del mismo modo no podemos dañar á nuestro propio cuerpo, cargándole de penosas enfermedades, ocasionadas de varios desórdenes; porque esto sería usurpar los derechos del Criador, y contravenir al orden de la ley natural, y declararse al mismo tiempo por un hombre sin razon, desatinado, y loco.

§. III.

¿PEro acaso (podrá preguntar alguno) se hallará hombre de sano juicio, que á posta, digámoslo así, ó de propósito quiera hacer daño á su mismo cuerpo? ¡O Dios! casi innumerables se encuentran, que se acortan los días de la vida, buscando, y cazando enfermedades, que los llenan de achaques, y dolores por mucho tiempo, y acaso por toda su vida. Cierto es que los mas se hacen esta guerra á sí propios inadvertidamente; pero al fin la hacen, por lo qual, uno de los puntos mas esenciales, á que debe atender con tiempo el hombre sabio, es este. La naturaleza misma sin otro maes-

tro

tro que nos guie, nos enseña desde luego á querer bien, y cuidar de nuestro cuerpo. Ni se puede justamente reprehender este amor, con tal que vaya bien regulado, y ordenado á buen fin; y esto es mas conforme á la razon, despues que sabemos que hay un precepto, que nos manda procurar, y conservar la salud; pero de tal manera que la del cuerpo no cause enfermedad al alma, ni la impida el caminar por las derechas sendas de la razon, y justicia. ¿Pues qué, hemos de estudiar todos la medicina? No por cierto, no hay necesidad de tanto, aunque á la verdad no se arrepentiria el sabio, si dedicase algun poco de tiempo á la leccion de aquellos pocos libros que tratan de *tuenda valetudine*, ó de la dieta, y del modo de conservarse sano, que escribieron entre otros Marsilio Ticino, el Ramazzini, y Luis Cornaro, cuyo tratado traduxo al Latin el Padre Lesio. Pero dexando esto por ahora, digo, que el hombre tiene necesidad de adquirir una cierta virtud determinada, si desea conservar en buena disposicion, y bien reparada la bella, ó fea casa en que habita su alma, mientras está sobre la tierra. Esta es la virtud de la templanza, virtud tan esencial, que los sabios la colocan inmediatamente despues de las virtudes primeras. Se llama sobriedad en quanto nos dirige, y enseña para que no hagamos daño á la parte material de nosotros mismos, y esta no dañe á la otra, que es nuestra alma. Observad como luego que cae enferma una persona de qualquier estado, y condicion que sea, pero mas presto si fuese persona rica, noble, ó grande, se busca, y llama al punto uno, ó muchos Médicos: se desea, y espera con ansia que estos acierten á sacar de las vasijas de un Boticario un eficaz remedio para desalojar aquel enemigo del cuerpo del enfermo, afanándose este si tardan en venir los que cree conquistadores de su enfermedad, y toda la casa está inquieta, y puesta en triste consternacion. ¿Y por que, ó por que, ó para qué tanta inquietud? Pues acaso, responderán todos, aun prescidiendo del peligro

de

de la muerte, ¿no es la salud cosa muy apreciable? Sin duda que lo es; y entre los bienes de la tierra no hay cosa tan preciosa. Pero por desgracia, ó por locura de muchos, no se sabe estimar tan gran tesoro, hasta que se ha perdido, siendo aun mas extravagante la manía de algunos, que despues de haberla recuperado, se olvidan presto de la preciosidad de esta joya, y hacen quanto pueden por echarla nuevamente de su casa.

§. IV.

Qualquier hombre de juicio, entre todos sus cuidados, ha de tener este delante de sus ojos; esto es, el de pasar aquellos años de vida, que el Señor ha querido concederle en este mundo, con el cuerpo sano, quanto le sea posible, y ahorrarse de aquellas incomodidades, y dolores, que acompañan por lo comun á quien ha perdido la sanidad. Si tanto deseamos ser felices en este mundo, ciertamente que no es una pequeña porcion de felicidad la de tener un cuerpo sano, vigoroso, y tranquilo, ó por lo menos tenerlo libre de achaques, y dolores. ¿De qué sirven los Imperios, y Reynos, de qué las riquezas, y demas pompas del mundo, al que postrado en una cama, lucha con enfermedades penosas, y está hecho un retablo de dolores de los pies á la cabeza? Con que para mantener esta sanidad es necesario que tomemos por nuestra maestra, y directora la virtud de la templanza, y oigamos con atencion los consejos que nos da: *Todo lo que es gusto, y placer del cuerpo (dice continuamente esta virtud), si es ilícito, no se debe apetecer, ni buscar: si es lícito, se debe tomar con moderacion*; porque qualquier exceso que se cometa en los placeres corporeos del gusto, ó del tacto, debilita, y enflaquece al cuerpo mismo, y le va disponiendo una dura penitencia de calenturas, desazones, y graves enfermedades. Ha dispuesto el Supremo Hacedor nuestro que la sed, y el hambre de quando en quando nos punza

y avisen que conviene comer , y beber , y que además en estos mismos actos de comer , y beber tenga el cuerpo su particular delectación , para que aquel estímulo , y este sabor gustoso inciten al hombre á la conservación de su individuo , el qual brevemente faltaría , si no comiera , ni bebiera ; pero esto de alimentar el cuerpo , si se ha de hacer con arreglo á lo que la naturaleza , y el mismo Dios han determinado , debe tener sus límites , y términos , huyendo siempre lo excesivo . Aquel *ne quid nimis* , documento preciosísimo de un antiguo Filósofo , debería no apartarse de nuestra vista en todas las cosas ; pero con mayor particularidad en la presente materia , siendo cosa muy cierta , que el recargar el cuerpo con demasiada comida , y bebida , se ha de pagar en constante de enfermedades , tarde , ó temprano , y muchas veces con aquel mal que no tiene remedio . *Plures necat gula , quam gladius . Que mata mas gente la dulce gula , que la cortante espada* , dice una sentencia muy acreditada con la experiencia , y que con letras cubitales , ó mayúsculas debería fixarse en las puertas de todas las casas ; pero particularmente en aquellas que por los continuados , y suntuosos convites , hacen mil perfumes , y exquisitas invenciones ; y aun quando esto no cause por decontado la muerte , basta saber que los gustos , y placeres de los hombres sensuales vienen á ser las Indias de los Médicos , y que quando la intemperancia va delante , el dolor la sigue . De hecho , tanta diversidad de viandas tan exquisitamente aderezadas , tantos licores espirituosos , tantas salsas , y pebres demasiadamente substanciosos , invenciones todas de los Apicios de estos tiempos , que se precian de haber adelantado el arte de cocina sobre todos los antiguos , y se burlan de la manera tan tosca , y ordinaria , con que en los tiempos pasados se servían , y cubrían las mesas : todo esto bien considerado , no es otra cosa que unos bien preparados , y sabrosos venenos , los quales poco á poco conducen muchos al miserable estado de la pobreza , y á muchos mas

mas á la hoya de la sepultura . La razon de esto es , porque todos se ven como precisados á comer , y beber mas de lo que es justo , y de lo que necesita el cuerpo para mantenerse : este es el motivo por el qual Diógenes se reía , y burlaba de todos aquellos que ofrecian sacrificios en el Templo con fervorosa devoción para lograr una perfecta salud , y saliendo del Templo se iban á comer , y beber hasta ponerse á reventar . Creíase tambien en tiempos antiguos , que los Grandes , y Príncipes , que morian de corta edad , todos salian de este mundo en fuerza de algun eficaz veneno , que alguna mano traidora les habia dado , ó en comida , ó en bebida . Pero lo cierto es , que en sus propias cocinas deberían buscar entre sus cocineros los artifices de estos venenos lentos , pues siempre buscan los mas diestros , y les pagan grandes salarios , para que inventando cada dia nuevos incentivos á la gula de sus amos , les quiten insensiblemente la salud , y la vida poco despues . Esta misma sospecha de haber muerto envenenado se tuvo en la muerte del Papa Leon X . sugeto de grandes prendas , por haberse muerto en la florida edad de quarenta y seis años . Pero es mas verisimil que al citado Príncipe hicieron mayor guerra sus espléndidos banquetes , y el cuidado particular de reclutar para su servicio los mas famosos cocineros , dándoles exórbitanes salarios . No le habia dado estos consejos el magnífico Lorenzo , su padre , quando lo envió á la Corte de Roma , siendo aun jóven ; pues entre otros muchos avisos , y saludables consejos , que se hallan en una carta , que está impresa , le prevenia , que hoyese de las viandas exquisitas , y que usase solamente de comestibles simples , y naturales : se le olvidaron los consejos de su padre , y pagó la pena con anticipada muerte .

§. V.

POR esto , pues , debemos gritar , y decir que son imprudentes , y poco cuerdos todos aquellos , que por
Tom. II. I que

que se sienten de un temperamento robusto, y vigoroso, se entregan con gusto, y alegría á las deliciosas, y abundantes mesas, tragando, y engullendo de todo quanto se les presenta, sin pensar jamas que las enfermedades, ni la muerte misma han de atreverse á entrar en cuerpos de tamaña robustez. Estos, como ya lo dixo el Apóstol, *no tienen otro Dios que á su vientre mismo*; y parece que siendo así que qualquiera se llena de horror á vista de quien intenta quitarnos la vida, estos al contrario se deleytan en cortársela miserablemente. Este mal es muy antiguo. Séneca en su Epístola XCV. que merece ser leída á este propósito, abominando los excesos de la gula de aquellos tiempos, que no la cedían á los de ahora, dice estas palabras: *Nunc quam longe processerunt mala valetudinist! Has usuras voluptatum pendimus, ultra modum, fasque concupitarum. Innumerabiles esse morbos miraris? numeram coquos.* Ahora (dice Séneca) ¿quien podrá referir quanto se han aumentado, y extendido los enemigos de nuestra salud? *Pagamos este censo á los placeres, y deleytes que buscamos, y apeteceamos con ansia, pero contra toda razon, y sin la justa medida. ¿Te maravillas acaso de que el número de las enfermedades sea tan excesivo? Pues no te admires, quando ves que los cocineros son ya innumerables.* Ni acaba aquí la mala raza de los perversos efectos, que causa la gula tan extendida, y arraigada. El cuerpo, que está demasíadamente mantenido, camina de trote hácia la luxuria, nos dexó dicho Tertuliano. *Tertul. cap. ult. de Jejun. Appendix gulae, lascivia atque luxuria.* Si se pone tanta leña al fuego, no solamente calentará, pero aun quemará tambien. Y si la intemperancia del hombre llegase á los términos de la glotonería, y borrachera, pregunto yo ahora: ¿en que se distinguirán estos de las bestias? Bien puede observar cada uno la innumerable tropa de desórdenes, que brota de este desorden capital en el baxo Pueblo, cuyos excesos vemos adonde llegan en nuestros dias, sin que ninguno piense en poner freno á este caballo furioso, y desbocado. Bien

seguro está de que yo intente ponérselo aquí, sabiendo muy bien por una parte, que ninguno de esta clase de sujetos leerá jamas estos discursos, y documentos míos; constándome por otra, que son necesarios otros exórcismos, que los que solo consisten en palabras, y caritativas amonestaciones, para que aquella gentualla, que se ha entregado á los bodegones, y tabernas, se vea libre de aquel diablo que la posee, y que para ellos es tan amable, y dulce. Por lo que mira á las personas nobles, y bien criadas, si llegase el caso de que incurran en semejante exceso, quisiera persuadirles solamente á que mirasen atentamente á un hombre borracho; y sus bestiales acciones, juntamente con los peligros á que se exponen: con esto solo que considerasen, como que estoy cierto de que habian de confesar, que no es hombre, ó que dexa de serlo el que se dexa tomar del demasíado vino; y quando una persona, que sienta dentro de sí algun estímulo de honradez, y no sea una bestia, no se desengañe, y enmiende al mirar el espejo de un hombre borracho, y no aborreciese para siempre este vicio, su enfermedad no tiene remedio. Hay Naciones enteras, y especialmente los de la China, que no padecen ciertos males, que son freqüentes en la Europa, y no es otra la causa, sino es porque tienen parsimonia en la comida, y bebida: conténtanse con simples viandas, y bebidas, mucho mas inocentes que los vinos de Europa. Poco ha que pregunté, que diferencia se halla entre las bestias, y aquellos que sepultan la razon que Dios les ha dado en las continuadas azumbres de vino; y cierto que me pesa el haber hecho esta pregunta. Deberíamos desear, que aquella noble criatura, que se llama hombre, imitase en esto á las bestias salvages. Casi todos los animales, como lo vemos, se sustentan de viandas simples, y naturales, ni apagan su sed con otra bebida que con el agua, elemento destinado por la naturaleza para quitar la sed á todo viviente, y tambien á los hombres. Despues que las bestias irracionales han satisfecho una,

y otra necesidad de comer, y beber, no se hallará entre ellas por lo comun alguna que desee, ni busque mas, sino que para volver á comer, y aguardan á que su estómago les pida nuevo socorro. Ved aquí, pues, que son mas irracionales que los mismos brutos todos aquellos para cuya boca no hay medida alguna; y olvidando las leyes de la naturaleza, se desenfrenan hasta perder la razon humana, y cometer despues mil indecencias: tanto es el desarreglo de su gula, y glotonería, ó bien en las tabernas, ó bien en las espléndidas mesas, que á las veces se incitan mutuamente para ver quien hace mayores bestialidades. Hasta un bárbaro (fué Anacarsis) nos dexó advertido, *que la vida produce tres castas de uva: la primera la del placer, la segunda la de la borrachera, y la tercera la del dolor, y locura.*

§. VI.

EL hombre sabio obra de otro modo, pues cuidando de su salud, ama, y venera á todos los Médicos; pero quanto le sea posible procura evitar sus visitas (las que hacen como Médicos, no como amigos). Por esto prefiere, y elige entre los manjares los mas fáciles á la digestion, y los mas simples. El vino, si es que lo usa, no aparece en su mesa, sino es con moderacion, y mezclado con agua. Y quanto repara en la calidad de las viandas, y bebidas, para que, ó por demasiado cálidas, ó por muy recargadas de condimentos artificiosos, no dañen á su estómago: otro tanto se guarda, y repara en la cantidad, y variedad para que no sea excesiva, queriendo siempre levantarse de la mesa con solo haber satisfecho el hambre, y desterrádola de su estómago, sin que este pueda quejarse, ni resentirse. Sabiamente decia S. Agustin, *D. Aug. lib. 10. Conf. cap. 31. Hoc docuisti me, Domine, ut quemadmodum medicamenta, sic alimenta sumpturus accedam.* Esto, Señor, me habeis enseñado, que yo vaya á tomar el alimento, como se ha-

hace con los medicamentos. Ni por esto debemos juzgar que la virtud de la templanza excluye todo placer del gusto en quien la practica, ni que sea tan escrupulosa en órden á la comida, que observe una medida en ella tan estrecha, y arreglada, que jamas sea lícito excederla: no por cierto: al que virtuosamente es templado, no se le prohíbe, ni priva del sentido del gusto, con tal que lo que come sea lícito el comerlo, y no le sea nocivo. Hállase alguna vez en un honesto convite, y excede los límites de aquello que ordinariamente come, pero sin olvidarse de sí propio; y quando ocurre el abstenerse voluntariamente algun tanto, vuelve á poner su estómago en su buen tono. Y si hay otros abstinentes, los cuales castigan, y mortifican sus cuerpos con ayunos continuados, para que la carne no haga guerra al espíritu, son laudables en esto, con tal que en ello no haya exceso demasiado. Pero de esto no debemos hablar ahora, porque pertenece á otra virtud, superior á esta de la templanza.

§. VII.

Muchos hay que deseando una larga vida, y salud perfecta, hacen locamente todo lo contrario, y quanto pueden para abreviar aquella, y arruinar esta. Tambien hay otros, que en el demasiado amor á su propia vida pueden cometer algun exceso: hablo de aquellos que no quisieran morir jamas, y se enardecen, y enojan contra la ley de la naturaleza, ó por lo menos al acordarse de aquel duro paso de la muerte, padecen melancolías profundas, y tristes, y otros varios accidentes. Séame lícito por ahora el volver á tocar esta tecla. Encontramos á veces con algunos, que mas endebles, ó menos fuertes que otros, no pueden sufrir la vista de un difunto, de un funeral, de un atahud, y aun de las Misas de difuntos huyen tambien: otros se desmayan al ver correr la sangre humana, no á borbotones de una cruel

herida, sino de una vena abierta con delicada lanceta. No hay que hablar en su presencia de la muerte, porque al punto se quedan pálidos, y se les erizan los cabellos. Tocareis tambien una tecla muy disonante, y nada gustosa, si quereis preguntar á ciertos ancianos en que año vinieron al mundo. Todo esto por lo comun sucede, y se hace maquinalemente. El fantasma horrible de la muerte, pintado en la imaginativa de estos tales con vivos colores, despertando á la vista, ú ocurrencia de objetos semejantes, pone en movimiento toda el alma, y la incita á huir de tales fantasmas; y abatiendo los espíritus animales de la sangre, pueden causar deliquios, y otros accidentes en el hombre. Si alguno pudiese verlo, hallaria que los soldados bisoños, en aquellos primeros lances de batalla están asustados, y les tiembla el corazón, y no dexa de sucederles esto mismo, hasta que en la repetición de los choques se acostumbran á ver correr la sangre, y muchas muertes. Por esto son mas estimados los soldados veteranos que los bisoños; y por la misma causa los Griegos en sus teatros querian siempre las tragedias, con el fin de acostumbrar al Pueblo á que no desmayase con la vista de casos funestos, y otras desgracias á que estamos sujetos todos. Podrían sanar fácilmente de tan molestas aprehensiones, aun los sujetos mas endebles, si tuviesen resolución para mandar á su fantasia, y á sus ojos, que mirasen de quando en quando aquellos objetos, que aunque en la realidad son terribles, ningun daño nos hacen. Deberian burlarse de sí mismos al ver que temen donde no hay que temer, y toman las puras sombras por cosas reales, y verdaderas.

§. VIII.

EL número de estos pusilánimes, y espantadizos no es verdaderamente muy copioso; pero lo es ciertamente el de otros; que mirando á la muerte, no como quiera cercana, pero aun con anteojos de larga vista, no solamente

mente la ponen mala cara, pero aun con el pensamiento huyen de ella, resistiendo con todos los esfuerzos de su voluntad el verla cerca de sí, luego que el Señor, que es el dueño de nuestra vida, intima la marcha de esta tierra. A este temor tan terrible añaden estos falsas opiniones. No os escucharán quando intenteis persuadirles, que con tiempo, y como prudentes dispongan sus cosas, y den curso á sus negocios, haciendo su testamento: acaso dirán que sí, que es mucha razon el practicar una diligencia tan importante, pero no llegará el caso de que la practiquen: poco tardaria, segun su opinion, en venir la muerte, ó por lo menos no se pasaria el año sin que viniese; porque llamándola en el testamento, y siendo ella tan atenta, y cortés, al punto se presentaria allí. El conocimiento de este defecto, es causa de que ni los amigos, ni los Médicos se atreven á avisar á estos enfermos quando se hallan ya en peligro próximo de salir de este mundo; y lo peor es, que quanto mas nos acercamos al terrible pasage de la muerte, porque son ya muchos nuestros dias, otro tanto suele crecer el amor, y deseo de vivir en este mundo; ó bien sea porque entonces se reflexiona mejor, ó con mas atencion la preciosidad de este bien, ó porque el espíritu se conmueve fuertemente al considerar lo que despues de la muerte próxima podrá sucederle. Hallaremos no raras veces, que muchos jóvenes abrazan con mayor ánimo, y resignacion que algunos ancianos la noticia de que van á salir de este mundo; y este en mi dictámen es uno de los excesos que causa el demasiado amor á la vida; bien que debemos confesar, hablando de este amor, que ningun exceso, ó enfermedad del ánimo es mas excusable que este; pero por ventura; ¿con todos los disgustos, y sin sabores, que experimenta, y siente nuestra voluntad, podrá esta retardar por algun instante el inexorable determinado golpe de nuestra muerte? Loco seria el que así lo juzgase, ó lo creyese. Por tanto el hombre sabio debe prevenirse para este punto con los documentos

de la Filosofia , y especialmente de la christiana ; y meditando en sus obligaciones , deberá con tiempo , y fácilmente acordar , y unir su propia voluntad con la voluntad de Dios. Con esta obligacion , y este pacto nos echó el Señor á este mundo : forzoso es pagar esta deuda quando nuestro amo nos la pida. Los malos , y perversos deben temer el pagar este tributo ; y acaso no serian tan malos si alguna vez pensasen seriamente en aquel terrible trance de la muerte , y reflexionasen con atencion sus conseqüencias fatales. Esto tiene de bueno el pensar en la muerte con freqüencia , que suele ser , y es un buen maestro para arreglar nuestra vida : por esto vuelvo á decir que está en manos del christiano el desarmar la muerte de aquellos temerosos horrores que causa su consideracion , y hacerla suave , y dulce por medio de aquella bienaventurada , y dulce esperanza , que á todos los buenos infunde , y da un Dios , que ni nos puede engañar , ni puede mentir. Finalmente , para este terrible lance es necesaria la virtud de la fortaleza , de la qual hemos hablado en el antecedente capitulo.

§. IX.

POR lo que mira á los deleytes , y placeres del tacto , tiene otro oficio la templanza , que con nombre distinto llamamos continencia ; y así como el apetito de los gustos , que pertenecen á este sentido , suele ser en algunos mas fuerte , y furioso , con mucha ventaja que el de la gula ; por tanto se necesita de virtud mas fuerte , y robusta para tener á raya , y hacer callar á este apetito del tacto , que para contener al otro ; con todo puede decirse , y decirse con verdad , que está en la potestad así del hombre , como de la muger , no solamente el guardar la castidad conyugal , contentándose con lo que aprueba la Ley Santa de Dios ; pero aun tambien la castidad perfecta , y absoluta , absteniéndose totalmente , no solo de los ilícitos gustos , mas tambien de los

lícitos placeres , ó por consagrarse totalmente al Señor , ó por otro fin honesto particular. Porque no está obligada persona alguna á casarse para conservar la especie , como lo están todas á comer , y beber de quando en quando para conservar el individuo ; y si la templanza es necesaria para este segundo estado , es incomparablemente mas indispensable en aquel primero. Aun quando yo no lo hubiera dicho tantas veces , la misma experiencia lo repite cada dia ; esto es , que rara , ó ninguna vez se unen , y andan juntas la continencia , y la espléndida mesa : ni aun esto basta. La fantasía del hombre (es preciso advertir bien esto) , como ya tengo insinuado en algunos pasages de esta obra , es la oficina principal de la fea , y detestable luxuria , recibiendo aquella muchas veces el impulso de los humores , y muchas mas comunicándolo á estos ella misma , é incitando el cuerpo á movimientos brutales por medio de aquellos nervios , y espíritus , que de la cabeza se reparten , y giran por toda la humana máquina. A muchos no les basta el huir del siglo , y entregarse á una vida retirada , y austera : llevan consigo encerradas en su fantasía las imágenes profanas que vieron en el siglo , y estas los persiguen , y atormentan demasiado , aun en su silencioso retiro. Quejábase de esto mismo el Gran Padre S. Gerónimo , no obstante su retiro , y soledad , acompañados del ayuno , y mortificacion. Un objeto inocente , que en el siglo , ni despertaria el pensamiento mas ligero , ni causaria movimiento alguno , es capaz de conmovér , y alterar al mayor Siervo de Dios , amotinando , y desperdando todas aquellas ideas que dormian , pero no estaban muertas. Por tanto es necesario poner una fiel , y numerosa guardia á nuestra imaginacion , ó fantasía ; pues aun contra la voluntad de los buenos puede levantar en ellos mismos fantasmas impuros , y con ellos hacer guerra , y combatir la virtud angélica de la pureza , y castidad. De dos maneras puede , y debe la juventud bien inclinada , y prudente defenderse , para que la fantasía no

la confunda, y precipite en combates tan continuados, como crueles: la primera es de precaución, y consiste en apartarse, y huir quanto sea posible las impuras conversaciones, y deshonestos razonamientos, y objetos peligrosos, cuyas imágenes, fijándose fuertemente en la fantasía, tienen (atendidas las leyes de la corrompida naturaleza) una fuerza terrible, y poderosa para presentarse al alma, aun quando esta no quiera, y excitarla incesantemente, ya que no á cosas peores, por lo menos á deseos carnales; pero tan importunos, y porfiados, que por más que se esfuerce el para rebatirlas, y desecharlas, se vuelven á presentar con nueva fuerza, haciendo suspirar aun á los más santos, y que clamen con el Apóstol: *Quis me liberabit?* &c. ¿Quién, Señor, me librará? &c. El mirar, el conversar, el oír, y el leer son aquellas puertas por las quales entran, y pasan al retrete de nuestra fantasía estas imágenes tan fastidiosas, y al fin declaran la guerra, y mueven su batalla mas, ó menos sangrienta á medida de sus fuerzas, mayores, ó menores, y segun la disposicion de quien las recibe. Muchas personas se encuentran, que por su edad juvenil, ó porque no han llegado aun á perder su bienaventurada ignorancia, y á conseguir aquella ciencia desgraciada de las cosas, que á los buenos causan empacho, y vergüenza, se hallan muchas veces con poca, y casi con ninguna alteracion, ó resentimiento á la presencia de aquellos mismos objetos, los quales trastornan la cabeza á los prácticos, y adelantados en la escuela de la malicia. Los ojos de estos últimos no son ciertamente diversos de los de aquellos; pero es muy diversa la disposicion interna de su fantasía, prevenida, y armada en unos de buenas máximas, pervertida, y viciada en los otros por los malos, y desarreglados hábitos. Así veremos que un objeto honesto, y virtuoso, ó no excitará malas ideas, ni movimientos en quien lo mira, ó quando los excite, será por lo comun muy ligeramente, ó por lo menos muy diferentes de los que se excitan, y

des-

despiertan á la presencia de otro objeto en la realidad deshonesto, ó reputado por impúdico. Porque así como el conocer nosotros mismos que estamos muy distantes de conseguir un Principado, hace que sin envidia, ni deseo veamos que lo goza otro; del mismo modo, al mirar algun objeto honesto, y virtuoso, no se levanta ordinariamente en el hombre algun afecto maligno, porque faltando la esperanza de poder lograrlo no se excita el deseo; y si acaso se excitate, presto se desvanece. Esto debe entenderse de aquellos que conservan algo de probidad, y virtud; porque para ciertos ánimos bestiales sumergidos en el ciénô de la sensualidad, no puede explicarse bien á quantos abominables despropósitos están sujetos si se les presenta, y trata de un objeto honesto, y virtuoso.

LA hermosa inocencia, y la apetecible ignorancia de las verdades peligrosas, quanto mas se trafica, y conversa en el mundo, tanto más fácilmente se despiden, y ausentan del hombre, siendo bien raros los que creciendo en edad, no bebán al mismo tiempo lecciones muy dañosas, que con exemplos, é imágenes poco honestas, respiran disolucion, y luxuria. Estas imágenes se fixan despues en la fantasía tan profundamente, que como ya tengo advertido, aunque se hallen muy distantes los objetos peligrosos, se ve el alma como precisada á mirarlos dentro de su casa, como si estuvieran vivos, y á tolerar, y sufrir sus fuertes importunos asaltos. Ahora bien; quanto mas perseguidos, y atribulados serán aquellos otros; en cuyos cerebros val labrando, y pegando su fantasía las imágenes ya antiguas con otras nuevas, que mediante la conversacion, los coloquios, y la familiar confianza se aumentan cada dia? Ah es mayor la violencia que experimenta el que sin la escuela de la razon, y con obras perversas se entregó totalmente al amor deshonesto, y á la luxuria, pudiéndose decir de este tal verdaderamente, que ya se ha convertido todo en

en

en carne. El que es un poco práctico en el mundo, no necesita que yo le manifieste aquí quanto desbarata, y afloxa la máquina del cuerpo este abominable vicio, y quantas enfermedades, miserias, locuras, y bestialidades causa en no pocos esta infame, pero poderosa pasión. Basta decir, que por este camino se llega fácilmente á la locura execrable, y lastimosa de desear con ansia que no haya la menor prohibicion humana, ni divina; y aun camina mas adelante alguna vez, hasta el horrible atentado de no creer que haya Ley, ni Legislador. ¿O flaqueza de los hombres, y á quanto te extiendes! ¿Como es posible que la mas noble de las criaturas, qual es el hombre, intente tan vilmente deshorrarse á sí propio, y pasar á la condicion, y gremio de un vil asno, en quien puntualmente fingieron los Poetas antiguos, y sabios, que se transformaban los luxuriosos? Todo esto sucede por no querer desde los principios resistir, y valerse de aquellos socorros que franquea la razon misma, y que Dios á ninguno niega. Aun quando no se reputa por mortífera para los cuerpos la hedionda deshonestidad: con todo, no faltan á esta impetuosa pasión otros muchos sucesos, ya desagradables, ya ridiculos, de que huye el hombre sabio, que no quiere habitar en la casa de los locos. Y bien, para tantos males ¿que remedio hallaremos? Por lo que mira á aquellos que profunda, y habitualmente se hallan encenagados en este vicio brutal, como tambien para aquellos que lo están en el amor del vino, y del juego, digo la verdad, aunque con mucho dolor, casi jamas serán suficientes, ni los consejos de los amigos; ni las exhortaciones de los parientes, ni las amenazas de los superiores, ni todas las sentencias de los Filósofos Morales. Otro género de medicinas se necesitan para curar estas gangrenas. Solamente el fuego, y el hierro, quando puedan aplicarse oportunamente, podrán curar llagas semejantes. Una dura, y penosa cárcel, un gravísimo accidente, una enfermedad mortal, ó algun otro golpe dado por los hombres,

6 de la mano de Dios, podrán acaso detener el curso á esta locura tan furiosa, que con justa razon debe llamarse locura; pues los que de ella adolecen, tienen el entendimiento tan perturbado, que como desesperados se dan á sí propios.

§. XI.

POR lo que mira á los otros, que siempre desean, y no dexan de buscar el camino derecho de la virtud para caminar por él, aunque no por esto se vean libres de aquella continuada guerra, y sangrienta batalla, que despues de la caída de Adán hace á todos sus hijos la rebelde, y mala concupiscencia: con todo, no es difícil el conseguir la victoria. Es necesario, sí, un cierto esfuerzo interior del alma para contener, y refrenar todos los movimientos desordenados de nuestras pasiones, y apetitos. Ni es otra cosa la templanza, sino una fuerza, ó reparo, que la razon opone al curso de sus apetitos, y afectos, quando nos solicitan á los ilícitos, y desarreglados placeres del cuerpo. El acostumbrarse á no consentir, y dar siempre á nuestros deseos una negativa, conduce mucho para lograr la victoria. Con todo, en esta prueba, y combate, ademas de otras muchas armas, que los Filósofos Christianos, y entre estos los mas agueridos, y experimentados, quales son los Santos, nos enseñan que debemos manejar para vencer, la mas familiar, la mas limpia, y la mas encomendada es la fuga. Gritan todos, y nos aseguran que á este enemigo no se le debe esperar cara á cara como los otros, porque en huyendo de él, queda vencido. Sucede esto apartándonos, y huyendo de aquellas conversaciones, de aquellos objetos, y de aquellos lances, que por la experiencia sabemos ya que hacen guerra á la virtud, y mueven batallas fieras en nuestra fantasía, de la qual provienen los mas feroces asaltos á nuestra alma. Es cierto que quando aquella mueve la concupiscencia con alguna imagen delectable, pero sucia, si allí mismo se presenta

algun objeto , que cause algun dolor agudo , ó un terrible miedo , vereis que el alma instantaneamente pone toda su atencion en esta otra imágen , y hallareis disipada aquella niebla , que intentaba obscurecer , y manchar la pureza : esta es una manifiesta señal de que en la fragua de la fantasía se formaba tempestad tan furiosa. Asi luego que alguna lisonjera imágen comienza á mover algun tumulto en el palacio del alma , es utilísima , y artificiosa destreza de la sabiduría el divertir , y apartar al alma para que no escuche , ni atienda aquel pernicioso fantasma , y aparte de sí aquel pensamiento , llevándola diestramente á otro objeto de mayor atencion , y cuidado ; esto es , que ó la deleyte mas , ó le cause melancolia , miedo , ó dolor. Cesará entonces la guerra sin dificultad. Para algunos acaso será bastante el pensar atentamente en la deformidad de este vicio , los peligros , los daños , y otras malas consecuencias que trae consigo , y especialmente quando este bestial afecto se dirigiese á alguna de aquellas personas , cuyo comercio tienen prohibido aun las leyes humanas. Para otros será un esugio tambien utilísimo , si vuelven á otras cosas el pensamiento , como á pensar en aquel pleyto , en aquel grave negocio , ó en la desgracia que atormenta su casa propia , &c. Será tambien eficazísimo remedio contra este vicio , y sus consecuencias la incertidumbre de nuestra inevitable muerte , y la brevedad de la vida del hombre ; si están prontas como deben estas consideraciones , á su vista encogerán las alas , y cederán todas las baterías de la carnal concupiscencia. Ni es necesario el que yo mencione aquí los perversos efectos del ocio , gran padrino , y despertador constante de feas , y torpes imaginaciones , el qual lleva insensiblemente al precipicio á sus profesores , y del qual se debe guardar el que lo es de la verdadera virtud. A este propósito nos dexaron los Santos una bella sentençia , que siempre debemos tener en la memoria : *Obra , y haz de tal modo , que el diablo te encuentre siempre ocupado* ; ó esta , que viene á ser lo mismo:

mo : *Al que está ocupado tienta un demonio solo , al ocioso millares de ellos.* Por tanto , así la aplicacion al estudio , al trabajo de manos , y á otros negocios decentes , y lícitos , como tambien el dexar por un poco la soledad , y el retiro , quando este sea causa , ú ocasion de suscitar , y sustentar feas , y deshonestas imaginaciones , será un eficaz antidoto , y remedio juntamente para curar la fantasía delirante por ociosa. Los jóvenes tienen necesidad de estos remedios mas particularmente , porque si aquella edad sin consejo , aturdida , y fogosa , se halla sin aplicacion á ejercicios honestos , indispensablemente se aplicará á los viciosos , de que se formarán iguales hábitos , que lo acompañarán hasta el sepulcro. Jóven holgazan , y jóven perdido , son una misma cosa en mi vocabulario. Basta de esto por ahora.

CAPITULO XXXIV.

De la mortificacion , virtud muy importante al hombre , especialmente para regular bien el apetito de los placeres.

§. I.

Si guese ahora otro importantísimo oficio de la templanza , que es el de la mortificacion , virtud nobilísima , y digna hija de tal madre. En esta virtud principalmente (es preciso decirlo) consiste todo el nervioso jugo de la Filosofia de que tratamos. *Sustine , & abstine* , es una famosísima sentençia de los antiguos sabios , la qual todos deberíamos tener bien impresa en nuestras almas , y memoria : en lo primero se significa la gran necesidad que tenemos de la paciencia : en lo segundo se nos manifiesta con claridad la que tenemos de la mortificacion. Despues que habemos delineado los inquietos orgullosos apetitos del hombre , no menos que sus impetuosas pasio-